

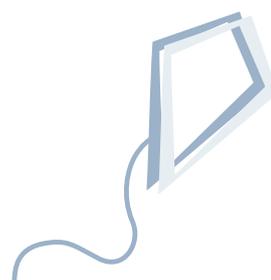


GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE EDUCACIÓN

HISTORIA DEL ARTE

CULTURA Y FORMACIÓN GENERAL



AULA
MENTOR

educacion.es



Nipo: 660-08-183-8

Autores:

Francisco Javier Jiménez Zorzo

Ignacio Martínez Buenaga

José Antonio Martínez Prades

Jesús Martínez Verón

Coordinación de contenidos:

América López de la Riva

Edición y maquetación:

Elena Aguado Sanchez

Verónica Borrego Polo

Diseño gráfico de portada:

Lorena Gordo López

>>ÍNDICE

	Pág.
Introducción al Arte	5
Percepción	5
Arte y sociedad	9
Teorías del Arte	16
Restauración	20
Técnicas	23
Prehistoria	30
Introducción	30
Paleolítico	31
Neolítico	34
Edad de los Metales	37
Mesopotamia	38
Introducción	38
Localización	39
Arquitectura	40
Escultura	41
Otras artes	43
Egipto	45
Introducción	45
Localización	46
Arquitectura	47
Escultura	49
Pintura	50
Grecia	52
Clasicismo	52
Orígenes	53
Arquitectura	55
Escultura	58
Cerámica	61
Roma	63
Introducción	63
Orígenes	64
Arquitectura	65
Escultura	67
Pintura	67
Paleocristiano y Bizantino	69
Introducción	69
Paleocristiano	70
Bizantino	72
Prerrománico	75
Introducción	75

Invasiones	75
Visigodo	75
Carolingio	77
Asturiano	78
Musulmán	80
Introducción	80
Arquitectura	80
Al-Ándalus	82
Mudéjar	83
Románico	84
Introducción	84
Lombardo	84
Clásico	85
Monasterios	86
Plástica	86
Gótico	88
Introducción	88
Catedral	88
Variantes	89
España	90
Plástica	91
Quattrocento	92
Introducción	92
Arquitectura	93
Escultura	94
Pintura	95
Cinquecento	98
Introducción	98
Arquitectura	98
Escultura	99
Pintura	99
Europeo	100
Manierismo	102
Introducción	102
Arquitectura	102
Escultura	103
Pintura	104
España	105
Barroco en Europa	107
Introducción	107
Arquitectura	107
Escultura	108
Pintura	109
Barroco en España	111
Introducción	111

Arquitectura	111
Escultura	112
Pintura	112
Velázquez	112
Siglo XIX: primera mitad	115
Neoclásico	115
Goya	119
Romanticismo	121
Realismo	124
Siglo XIX: segunda mitad	127
Impresionismo	127
Arquitectura	130
Modernismo	131
Academicismo	133
Siglo XX: primera mitad	136
Introducción	136
Arquitectura	137
Pintura	138
Escultura	141
Imagen	142
Siglo XX: segunda mitad	144
Arquitectura	144
Plástica	145
Postmoderno	149
Imagen	151
Fin de siglo	152
Arte actual	154
Arquitectura	154
Escultura	155
Pintura	156
Imagen	156
Arte digital	158

>>INTRODUCCIÓN AL ARTE

Percepción

¿Qué es el Arte?

Como todos los cursos de arte, tal vez deberíamos plantearnos de inicio una pregunta que parece esencial para ir avanzado en esta materia: ¿Qué es el arte? Pero sabemos de sobra que esta es una pregunta sin respuesta. Los procesos de creatividad humana y la posibilidad de entenderlos y disfrutarlos resultan demasiado complejos para poderlos resumir en una definición. Las definiciones simplifican demasiado las ideas y por ello no siempre captan la esencia verdadera de las cosas. Y cuando en alguna ocasión artistas o eruditos se han planteado esta posibilidad de definir el arte se han encontrado tan imposibilitados que han terminado por proponer frases inconcretas: *"Arte es todo lo que el hombre llama Arte"*; *"Todas las obras de arte y el arte mismo son enigmas"*. Picasso dijo en una ocasión: *"ustedes esperan que yo les diga qué es arte. Si lo supiera no se lo diría a nadie"*. Duchamp, decía, *"el arte lo es cuando así lo decide el artista"*. Y Picasso insistía: *"Todo el mundo se empeña en comprender el arte. ¿Por qué no se intenta comprender el canto de los pájaros? ¿Por qué nos gustan las flores, la noche, lo que nos rodea, sin que intentemos comprenderlo? Pero cuando se trata de un cuadro, la gente piensa que lo tiene que comprender ¡Si fueran capaces de entender que un artista crea porque tiene que hacerlo, que él es sólo una parte insignificante del mundo, y que no deben prestarle más atención que la que le prestan a otras muchas cosas que nos proporcionan placer y que sin embargo no las podemos explicar!"*.

La fascinación a través de la mirada

Porque en el fondo el arte es una fascinación, un hechizo, en este caso a través de la mirada, que muchas veces nos resulta irresistible. Es una emoción y las emociones no se pueden definir, pero sí que nos invitan a querer saber. A desentrañar por qué el objeto artístico ha sido capaz de envolvernos en su magia y hacernos sentir. Ese es el misterio, y no hay misterio que no se quiera descubrir. Por ello la necesidad de estudiar el arte.

Un camino de largo recorrido

Estudiar el fenómeno artístico y su historia, investigar sus obras, practicarlo, debatir sobre él y hasta enseñarlo no son sino distintas vías de una misma urgencia de comprender. Un esfuerzo que merece la pena, porque es un camino de largo recorrido en el que siempre encontraremos la satisfacción de saber. Nunca llegaremos a conocerlo todo, pero sí sabremos más cada día, y sólo así podremos ir descifrando claves de la interpretación artística que no están al alcance de todos. Hay que aprender a mirar, hay que educar la percepción, y hay que leer en las obras de arte todos sus mensajes, que no están accesibles ni mucho menos a simple vista. Hay que entender los procesos creativos y hay que conocer los elementos formales que crean la obra de arte. Esa es la tarea que comienza con este curso, un largo proceso al que nos abocamos desde hoy,

dispuestos a ir desentrañando conocimiento de los estilos, tendencias, formas de expresión artística y procesos artísticos que configuran en la actualidad eso que llamamos arte. Y lo hacemos con esa fascinación que procura el arte. En este caso, conocer el arte.

Las fronteras del Arte

La primera cuestión fundamental que deberíamos plantearnos es a qué llamamos nosotros arte. Está claro que nuestro objetivo de estudio se orienta al ámbito de las artes plásticas, y que por tanto no incluyen otras facetas de la creatividad humana como la música, la danza o la poesía. En tal caso la primera pregunta sería si las artes plásticas podemos considerarlas una manifestación artística. Parece claro que sí, pero no se ha entendido de la misma manera en otros momentos de la Historia: en la Grecia clásica, la condición de artista estaba reservada únicamente a los músicos y los poetas, los únicos que según Platón estaban inspirados por las Musas los que les infundía una inspiración (un *enthousiasmos* decían ellos) que los hacía casi divinos. Por el contrario, el resto de lo que hoy llamaríamos artistas: pintores, escultores, arquitectos... eran considerados meros artesanos, y el arte reducido al término *techné*, definido como algo simplemente bien hecho, nada más.

Pero parece que esto ya no es así y que hoy se valora como creación artística la labor de esos artistas. La segunda pregunta entonces sería, qué manifestaciones de la sensibilidad humana consideramos dentro del ámbito de las artes plásticas. Y si al final concretamos ese campo artístico, la tercera pregunta sería la definitiva, cuándo decidimos que una pieza es realmente una obra de arte y cuándo no.

Arte y Belleza

Con cierta frecuencia oímos o leemos que el Arte es Belleza. Es decir, la frontera entre lo que es o no es Arte está en la belleza plástica del objeto.

Evidentemente aceptar este principio nos llevaría a otras reflexiones derivadas relativas a qué es la Belleza, los cambios en el concepto de belleza que se han producido a lo largo de los siglos y por qué lo que es belleza para una persona para otra no lo es.

El Arte no necesariamente tiene que ser bello. La Historia está plagada de obras de arte reconocidas como tal de forma universal que no son, precisamente, bellas.

Lo que sí es inseparable de la obra de arte es la Estética. Pero Belleza y Estética no son lo mismo. Hay muchos tipos de Estética, incluidas la de la Fealdad o el Espanto.

Arte e Historia

La valoración de la obra de arte a lo largo de la Historia también es otro elemento a tener en cuenta a la hora de juzgar las obras de arte. El valor histórico, es decir, su mayor o menor antigüedad, puede ser un aspecto que por sí mismo dé valor a una pieza.

Por otro lado también hay obras que fueron hechas sin una intencionalidad *artística* y sin embargo con posterioridad se le han reconocido valores artísticos. Las pinturas de las *Cuevas de Altamira* en Cantabria son un buen ejemplo de

ello. Son realizadas con una finalidad mágico religiosa, sin intencionalidad *artística*, sin embargo se le han reconocido extraordinarios valores artísticos.

Arte y gusto

Pero hay un hecho que nos despista. Porque ocurre con frecuencia que obras de arte que fueron despreciadas en el momento de su realización, con el paso del tiempo adquieren un valor extraordinario, y al revés, que obras que en su día fueron consagradas por el público y los entendidos, luego se menosprecian. ¿Qué es lo que pasa? ¿que el público tarda en comprender lo que quieren decir los artistas? ¿que ellos son genios y los demás no siempre los comprendemos? ¿o que cambian los gustos de la gente cuando cambian las circunstancias que nos rodean? Si es así, más de uno pensará que el arte es un fiasco porque cambia su valoración como el que cambia de camisa.

Un caso muy conocido popularmente es el de Vincent van Gogh quien no vendió ni un solo cuadro a lo largo de su vida y que, una vez muerto, sus cuadros han alcanzado un extraordinario valor económico.

El Arte como proceso intelectual

Decía M. Duchamp: *En suma, el artista no es el único que realiza el acto creativo, pues es el espectador quien crea el contacto de la obra con su entorno descifrando e interpretando las características más profundas de la misma y suministrando así su propia aportación al proceso creativo.*

El artista utiliza con maestría y talento unos determinados recursos propios de su especialidad artística y con ellos transmite mensajes, sentimientos, sensaciones que deben alcanzar directamente al espectador. Esa capacidad está al alcance de sólo unos pocos.

El espectador contempla y disfruta la obra de arte y se siente impregnado por la serie de mensajes, sentimientos y sensaciones que el artista le ha sabido transmitir. Si somos capaces de sentir esas sensaciones, de reflexionar sobre ella, disfrutaremos de la obra de arte.

La obra de arte así se convierte en un nexo de unión entre el creador y el contemplador, entre el emisor y el receptor de los mensajes, y por ello únicamente si sabemos descifrar todo lo que la obra encierra en sí misma, sólo si sabemos descubrir sus entresijos, si, en una palabra, sabemos **analizarla** completamente, la entenderemos de verdad y podremos disfrutar de ella.

Luego, el arte, y ésta sería una primera conclusión importante, no es solamente un mero ejercicio de contemplación, es siempre un ejercicio de **reflexión**. Hay que pensar, porque hay que comprender, para disfrutar el arte, lo mismo por parte del que lo realiza que de quien lo contempla. Por eso se dice que el arte es un **proceso intelectual**.

El alcance de la percepción

El mundo de la imagen es siempre un mundo irreal y de fantasía, y por ello podemos deducir que, en general, el mundo del arte es igualmente un ámbito ajeno a la realidad. No queramos ver en las expresiones plásticas una reproducción de la realidad. Ni siquiera los cuadros más realistas lo son. El arte es siempre un mundo propio, extraño a veces, que tiene sus propios códigos para entenderlo y disfrutarlo. Por ello habrá que empezar por aprender a ver y descubrir todo aquello que hay detrás de las imágenes, y que no siempre somos capaces de apreciar.

Los engaños de la vista

En ocasiones las obras de arte esconden trucos o engaños mediante los cuales el artista condiciona la forma en que vemos la imagen.

Es importante que tengamos capacidad para ver las distintas imágenes que pueden esconderse o superponerse en una misma obra de arte. A veces se trata de un juego entretenido que nos permite comprender la complejidad de la observación.

La importancia del color

No sólo el dibujo y las formas pueden esconder sorpresas que el espectador tiene que desentrañar mediante una observación atenta. También el color puede esconder estos juegos y secretos.

Percepción y sensación

Si importante es saber percibir una imagen en toda su amplitud, tan importante o más resulta experimentar las sensaciones que nos transmite, apreciando incluso sentimientos, pensamientos o reflexiones que la propia obra de arte siempre es capaz de suscitar. Éstos pueden ser múltiples en función de los temas de que trate la obra o de los propósitos que se haya planteado transmitir el autor.

También en este campo debemos ejercitarnos y profundizar convenientemente en el caudal de sensaciones que entraña la obra de arte.

Sensación y sinceridad

El arte transmite sensaciones y tenemos que estar abiertos a ellas. Sin embargo, al igual que cualquier otra manifestación creativa, desde la música al cine o la literatura, no siempre percibimos estas sensaciones con la misma intensidad o de la misma manera.

No es que cada persona reciba y asimile los estímulos artísticos de manera diferente y, por lo tanto, lo que a unos les parece extraordinario a otros no les transmite nada, es que, además, una misma persona percibirá los estímulos artísticos de forma distinta según el momento. Influyen no sólo la edad y la educación artística. También tienen su importancia las circunstancias del momento, desde el estado de ánimo hasta el puramente físico.

Lo fundamental es que siempre seamos sinceros con nosotros mismos y con nuestras propias sensaciones.

La iconografía

Otra forma de acercarse a la interpretación de las imágenes es indagar en su **significado**. Algunos famosos historiadores del arte creen, incluso, que este proceso de análisis del significado es el aspecto más importante que guardan las obras de arte y que prevalece sobre cualquier otro tipo de valoración en ellas.

Esta interpretación del significado es lo que recibe el nombre de **iconografía**. El proceso para realizar un correcto análisis *iconográfico* debe seguir **tres fases** fundamentales:

Nivel preiconográfico: Que consiste en identificar los elementos, **símbolos**, iconos, etc. representados.

Nivel Iconográfico: Consistente en identificar el **tema** que se quiere transmitir.

Nivel Iconológico: Que completa la interpretación porque pone en relación el tema representado con su significado profundo, es decir, con la serie de **valores**, **ideas**, aspectos culturales, etc. que esconde la imagen en cuestión.

En este sentido el complemento de la **iconografía** sería la **iconología**.

Iconología e interpretación de la obra artística

La importancia que tiene la iconografía en la apreciación de la obra de arte es enorme y constituye un paso más, después de los estudios de percepción, en nuestro proceso de acercamiento a la expresión artística.

El problema principal estriba en saber interpretar cada uno de los símbolos y atributos que aparecen en las obras de arte, y cuya dificultad ha convertido en una especialidad científica el estudio de la iconografía, pues requiere un importante caudal de conocimientos de las religiones, la mitología, la historia, y la cultura del hombre. No obstante, hasta donde llegan nuestros conocimientos de un entorno cultural y religioso concreto, podemos identificar determinados **elementos iconográficos** de ciertas obras artísticas.

Los símbolos

Pero no sólo los personajes de la religión o la mitología y sus atributos determinan la iconografía de una imagen. Los artistas de todas las épocas han utilizado **símbolos** que tienen un significado profundo y que en la forma en que el espectador sea capaz de interpretar llegará a comprender el mensaje del artista.

Estos símbolos pueden ser objetos. Pero también se pueden utilizar con contenido simbólico el color, la luz o la forma.

Arte y sociedad

El artista en sociedad

A lo largo de la Historia el hombre ha hecho arte condicionado siempre en menor o mayor medida por su entorno social. La obra de arte raras veces es producto de un impulso creativo espontáneo que surge de manera autónoma, hay que esperar muchos siglos para que así se produzca, prácticamente hasta el siglo XX, en el que al fin se impone la libertad del artista. Pero ni siquiera entonces esa libertad es plena, al fin y al cabo, el artista habitualmente tiene que producir para vivir, y es el encargo, su particular mecenazgo, los premios, las exposiciones, la crítica, las ferias, el mercado del arte y otros canales de difusión de la obra los que siguen condicionando su labor. Con anterioridad, la presión social era mucho mayor. El artista era un trabajador más, un vulgar artesano en muchos casos, que cumplía sus encargos sujeto a normas y criterios preestablecidos, en muchas veces, insalvables. En otras ocasiones el poder y el magnetismo de la religión en cualquiera de sus múltiples manifestaciones, desde la magia simpática en época prehistórica, hasta las más sutiles formas de proselitismo religioso, ha impuesto igualmente sus rígidas estructuras sobre la labor creativa. Cuando no ha sido el poder político, en muchos momentos una forma de mecenazgo anhelada por los

propios artistas, pero que lógicamente restringía a una determinada forma de propaganda su trabajo artístico. Pero no sólo los grandes poderes: el arte ha estado en muchas ocasiones condicionado por la propia historia del gusto y las sensibilidades de la sociedad de cada época, y lógicamente por la formación y el grado de instrucción de los espectadores.

La mirada de la sociedad

Pero el artista ha sido también la mirada de la sociedad a lo largo de la Historia. Ha mirado el entorno de cada momento y ha sabido interpretarlo, en muchos casos más allá incluso de las imposiciones que debía de sufrir. Ahí está su mayor mérito, que cuántas veces no se ha elevado sobre todos nosotros dándonos la verdadera imagen de nuestra realidad y de nuestra época. El artista mira y nosotros miramos su obra, y en el cruce de miradas todos salimos ganando.

De todo ello vamos a hablar en este apartado, del papel del artista a lo largo del tiempo; de la distinta consideración social que ha tenido en distintos momentos de la Historia; de las múltiples y variadas formas de mecenazgo que se han dado y se dan todavía; del mercado artístico, una nueva forma de vinculación social del artista actual; de la importancia propagandística que el arte ha tenido siempre y sigue teniendo, y lo más importante, de la difusión social del arte, de cómo llega a la sociedad, de cómo se comunica con el espectador, fenómeno implícito a la creación artística, porque no hay obra de arte sin el concurso del espectador. Es entonces cuando el artista nos mira desde su propia obra y mirando nosotros su obra, descubrimos por fin el significado eterno del arte.

El papel social del artista

El artista siempre ha tenido un papel que cumplir en el contexto social que le ha tocado vivir en cada época de la Historia. Y aunque a veces ese cometido no se ha valorado suficientemente, su participación en el conjunto de la comunidad y el valor de su obra en cada momento ha sido frecuentemente trascendental. El artista ha sido cronista de una época, pero ha sido también el vehículo de difusión de ideas, de credos y de posturas políticas. Ha sido mago y brujo, y ha sido igualmente un instigador y un provocador capaz de inducir ideales en la conciencia de los hombres. Ha sido capaz de elevarnos a la espiritualidad a través de sus obras y siempre ha sido el modelador de la belleza y de nuestros gustos estéticos. Todo ello resulta lo suficientemente importante en un entorno social como para otorgarle la importancia que se merece.

Artista y religión

La obra de arte siempre ha tenido una cierta significación totémica. Sabemos que las pinturas prehistóricas tenían una significación religiosa, las cuevas eran en realidad santuarios y las pinturas actuarían como expresión de magia simpática. Es también probable que el propio artista asumiera el papel de autoridad religiosa como *artista mago* o *artista hechicero*.

Algo similar sigue ocurriendo mucho tiempo después, en civilizaciones como Egipto o Mesopotamia. La casta sacerdotal controla rígidamente sus respectivas sociedades y utiliza la obra artística como elemento de propaganda.

Tampoco la época clásica se libra de la influencia religiosa: buena parte de las esculturas griegas toman como referencia personajes y episodios de su particular politeísmo religioso, y lo propio ocurre con el arte etrusco y el funerario romano.

Pero ciertamente, la época en la que el fenómeno religioso alcanza un mayor grado de influencia social es la Edad Media, lo mismo se trate del entorno cristiano como del musulmán. En el caso concreto del arte occidental, la Iglesia adquiere un protagonismo que monopoliza totalmente el mecenazgo artístico y reduce al artista a una labor totalmente mediatizada.

No se reduce esa influencia en época Moderna, sobre todo a partir del cisma que divide la Iglesia en dos grandes corrientes: católicos y protestantes. Ambos utilizarán el arte como un elemento extraordinariamente importante para la difusión de sus credos y como un instrumento de propaganda religiosa.

Artista y poder político

La relación entre los artistas y los distintos organismos políticos ha sido otra constante a lo largo de la Historia. El poder civil, lo mismo que el religioso, ha encontrado en el arte el mejor escaparate de su dominio y el vehículo propagandístico para difundir sus ideas.

En la Antigüedad poder político y religioso se unía en civilizaciones como la egipcia. En el mundo clásico, la imposición del poder civil sobre el arte, se advierte más incluso que la del poder religioso: en la Atenas del siglo V a. C., es la grandeza de Pericles la que se refleja en las obras de la Acrópolis.

Otra forma de poder civil vuelve a encontrarse con el arte en la Italia del Renacimiento. En este caso son las grandes y poderosas familias que controlaban las diferentes repúblicas, los que hacen del arte la verdadera expresión de su poder, pues se convierten en mecenas que promueven el arte en beneficio propio. En el caso posterior de las Monarquías absolutas, el arte vuelve a ser el mejor exponente de su grandilocuencia.

En épocas más recientes hemos vuelto a asistir a manipulaciones descaradas de la obra de arte y de la labor del artista con una intencionalidad política. En cualquier caso, el arte sigue siendo en la actualidad un valor en alza para las instituciones políticas. Los Estados siguen promoviendo obras de arte para la Historia, favorecen el patrimonio artístico porque suele redundar en un beneficio económico, sufragan la construcción de museos emblemáticos, patrocinan exposiciones, ferias o concursos y compran arte, como una muestra más o menos sincera, de su interés por la cultura.

La búsqueda de la libertad

El artista, que como hemos visto se halla sujeto a rígidas normativas y a vivir de encargos previamente estipulados, el artista que a lo largo de los siglos no es considerado socialmente y su estatus no supera el del artesano, encuentra a partir del Renacimiento un reconocimiento que le empuja a luchar definitivamente por un mayor encumbramiento social. Si en parte todo esto se consigue en la Italia del Quattrocento, se retrae nuevamente a partir de la ruptura de la Iglesia entre católicos y protestantes. El Barroco y el Neoclasicismo vuelven a ser etapas de reivindicación social y profesional por parte de los artistas, que no encontrará hasta el siglo XIX una puerta abierta a su libertad creadora, sobre todo con el Romanticismo.

Los artistas del XIX antepondrán su propia libertad creadora a cualquier consideración económica o mercantil. La obra de arte está por encima de todo y el talento del artista también, lo que supone en su misma rebeldía desprestigiar todos los canales de mecenazgo que hasta ese momento habían pervertido esa libertad creadora. Nace así el artista bohemio, que hará suyo el lema de *el arte por el arte*.

El siglo XX completará definitivamente este proceso, sacralizando la autonomía plena del artista. A pesar de todo, el artista sigue viviendo de su trabajo, y naturalmente por esa misma razón siguen existiendo mecanismos de compra y venta de obras de arte que generan un mercado artístico de un sorprendente nivel de complejidad y lucro. Al fin y al cabo, en la actualidad el arte se considera un bien de inversión, y automáticamente eso lo convierte en un negocio.

Condición social del artista

El artista vinculado al campo de las artes plásticas no ha estado muy considerado socialmente, más que en momentos puntuales de la Historia y en el momento presente. Durante la Antigüedad será un simple artesano al que no se le valora más que a cualquier otro trabajador con habilidades manuales. La Edad Media siguió una tendencia similar, ya que el abrumador mecenazgo de la Iglesia, relegaba a los artistas, agrupados en distintos gremios, a meros ejecutores al servicio de Dios.

El Renacimiento italiano supuso el primer espaldarazo de importancia a la labor artística, gracias al mecenazgo que ejercen sobre los grandes creadores las familias poderosas del momento, que curiosamente obtienen para sí mayor prestigio social protegiendo a los artistas. Pero esa situación no duraría mucho tiempo, porque de nuevo se degrada durante los siglos del Barroco, al quedar el trabajo de los talleres muy mediatizado por los encargos de la Iglesia o las monarquías absolutas, lo que en general menguó el prestigio social de los artistas.

El largo camino del reconocimiento a su labor y el encumbramiento social de los artistas será lento y difícil, pero irá llegando de la mano de la libertad creadora que se va imponiendo a lo largo de los siglos XIX y XX. Hoy, el artista ve reconocida su labor como cualquier otro intelectual y su valoración social va pareja al prestigio que acompaña a los grandes nombres de la cultura.

El mecenazgo religioso

El encargo artístico ha estado permanentemente detrás de la obra de los artistas. Normalmente dicho encargo, que al fin y al cabo era el que daba vida al autor, ha dependido de las grandes instituciones políticas y religiosas, pero también de los poderosos en general, nobles, príncipes o burgueses enriquecidos, que utilizan su mecenazgo artístico para su propio goce personal, como elemento de ostentación social o para ambas cosas a la vez.

A lo largo de la Historia el mecenazgo más habitual ha sido el de procedencia religiosa. Desde los grandes templos egipcios hasta los Papas del Barroco, este mecenazgo religioso ha resultado trascendental. En la Edad Media el mecenazgo religioso llegó a ser, prácticamente, el único y, desde luego, el más efectivo.

Por lo general, su intención es la de promover la creación de imágenes que incidan en la transmisión del culto. En épocas en las que la inmensa mayor parte de los fieles eran analfabetos, las obras de arte promovidas por las autoridades religiosas, eran la vía más efectiva de adoctrinamiento.

El mecenazgo cortesano

Por mecenazgo cortesano entendemos todo aquel apoyo prestado a la creación artística desde el poder político o las grandes instituciones de carácter laico. Durante siglos fue la única alternativa al mecenazgo de religioso y, en general, de menor entidad.

El mecenazgo cortesano se da en todas las épocas de la Historia, incluida la Edad Media en la que los reyes quieren mostrar, con su apoyo a la construcción de las grandes catedrales, su poder en auge. Sin embargo, es a partir del Renacimiento cuando el mecenazgo cortesano alcanza su culminación. Familias como la de los Médici en Florencia son imprescindibles para entender fenómenos artísticos como el Quattrocento.

En el periodo moderno es bien conocido el interés de algunos monarcas por el mundo del Arte. Así, sin la figura de Felipe IV de España hubiera resultado muy difícil que Velázquez hubiera desarrollado una obra tan libre y extraordinaria como la que nos legó.

El coleccionismo

El coleccionismo es una forma de mecenazgo artístico característica de la época contemporánea. Hasta el siglo XIX resulta prácticamente impensable el apoyo a la creación artística al margen del poder religioso y político.

Sin embargo, el ascenso como clase social dominante de la burguesía *democratiza* tanto el acceso al conocimiento del Arte (por ejemplo, con la creación de los primeros museos públicos) como a su adquisición.

Aparece de esta manera la figura del *amante* del Arte que, en el caso de poseer un nivel económico suficiente, acabará convirtiéndose, también, en comprador de Arte.

El coleccionista, o mejor dicho, la multiplicidad de coleccionistas, se convertirán en el siglo XX en el gran mecenas del Arte. Este hecho traerá a su vez, como consecuencia trascendental, el desarrollo del mercado del Arte y todo lo que lleva aparejado.

El mercado del Arte: sus protagonistas

Al margen del mecenazgo, la posibilidad de que los artistas saquen un beneficio de su producción artística se produce a través de la comercialización de su obra. Aunque tiene antecedentes históricos, el verdadero desarrollo del comercio artístico se produce con la propia liberalización del artista y de su obra, fenómeno que como hemos visto se produce con el siglo XIX. Desde entonces la práctica comercial del arte se ha convertido en una constante y en la actualidad es el proceso habitual de adquisición de obras artísticas.

Este mercado artístico tiene una serie de características singulares: en primer lugar rara vez se produce el intercambio entre el autor y el cliente, sino a través de intermediarios, que muchas veces a lo largo de la historia han adquirido un protagonismo desmedido. Son los *marchantes*, que favorecen poner la puesta en circulación de la obra de un artista, y pueden influir poderosamente en otorgarle un prestigio. Más adelante, también el papel de los *galeristas*, que ponen sus locales y su conocimiento del mercado en beneficio de la difusión de la obra de los artistas, y los *críticos*, que valoran las obras, han sido muy importantes. A veces de forma muy positiva porque han sabido descubrir talentos y empujar a la fama a artistas que se lo merecían, otras veces no tanto, cuando su juicio ha hecho mucho daño a otros autores.

El mercado del Arte: oferta y demanda

El grado de comercialización que alcanza la obra de un artista inmediatamente le otorga un prestigio, que no siempre está en consonancia con la calidad de su obra. Es decir, que el valor del arte y su comercialización no son siempre factores coincidentes, y por ello a lo largo de la historia reciente ha habido grandes

artistas que no han vendido un cuadro (como ocurrió con Van Gogh), y artistas cotizados de una calidad muy inferior.

Por otra parte el precio del arte es un elemento igualmente ficticio. Al fin y al cabo, depende como cualquier objeto en una economía de mercado de la ley de la oferta y la demanda, lo cual relativiza enormemente su valor en función de la situación económica, del nombre del autor, de su valor como inversión, pero nunca en relación a su verdadera calidad, que por otra parte sería imposible de cuantificar económicamente.

El mercado del Arte: originales y falsificaciones

La falsificación de obras de arte es algo tan antiguo como el mercado del arte. Lógicamente cuando el arte se convierte en un bienpreciado y valioso, siempre surge la tentación de convertirlo en estafa. Por tanto, puede decirse que prácticamente a lo largo de la toda la Historia del arte han existido las falsificaciones. Ahora bien, siempre hay que distinguir la auténtica falsificación, que es aquella imitación que trata de pasar por auténtica, de la reproducción o copia que no busca el engaño y pretende la venta económica.

Descubrir una buena falsificación no es nada fácil y perseguir el delito tampoco. Ni los mejores expertos, ni los más sofisticados análisis descubren siempre el engaño: la mayoría de los museos del mundo han tenido que reconocer en uno u otro momento que habían adquirido una obra falsa, y críticos e historiadores siempre pueden equivocarse. Sobre todo si se trata de obras de autores recientes porque entonces las técnicas, los pigmentos, las telas, etc., son mucho más fácilmente imitadas por los falsificadores que cuando se trata de reproducir obras de épocas más antiguas. En cuanto a la persecución del delito, el falsificador siempre puede decir que pinta imitando a tal o cual autor y que lo hace como un reto personal y no como una estafa. Pero dos conclusiones son incuestionables, que mientras exista el mercado del arte seguirá habiendo falsificaciones, y que los grandes falsificadores de la historia han sido sin duda artistas igualmente extraordinarios.

El origen de los museos

Aunque no quepa llamarles propiamente museos, las primeras colecciones de obras de arte para su exhibición pública se realizan en Grecia y más concretamente en los peristilos de sus templos donde se colocaban buena parte de las obras que atesoraban. Incluso se llega a disponer de una pinacoteca, probablemente la primera de la historia, en los Propíleos de la Acrópolis de Atenas (imagen). Prueba de esta sensibilización que ya tenía la civilización clásica a este respecto es que en Alejandría Ptolomeo Filadelfo crea, en el 285 a. C., el primer museo propiamente dicho de la Historia. Este museo hacía honor a su función específica al ser un ámbito de exposición pública de objetos artísticos, pero también de conservación y estudio de los mismos. Una función similar asumieron también la Biblioteca de Pérgamo o el Palacio Real de Trelles.

A partir de aquí habría que hablar de colecciones privadas más que de museos, como ocurriera con las numerosas que atesoran los romanos o las colecciones medievales de algunos reyes y de algunas iglesias y monasterios. En el Renacimiento también prevalecen las colecciones privadas, pero algunas de ellas llegan a transformarse en los primeros museos modernos. Es lo que ocurre con las colecciones papales, de Sixto IV, que servirá de embrión al Museo Capitolino, o de Julio II, que funda con sus posesiones el Museo Belvedere, que a su vez se integrará en los Museos Vaticanos fundados por León X.